El consultorio sentimental, paradigmas y comportamientos amorosos

Martha Eva Rocha Islas

Imaginar cómo eran los comportamientos amorosos de antes de los años setenta nos sumerge en el mundo de las confidencias, de lo íntimo, de lo privado, de los hábitos y las costumbres: hablar de sexo era secreto confidencial. ¿Cómo entonces podemos indagar sobre aspectos tan personales como la vida amorosa de las mujeres? ¿Qué códigos orientan o rigen los comportamientos amorosos? ¿Cuáles son sus representaciones y cómo se ejercen en la realidad? Encontrar respuestas es aventurarnos a hacer conjeturas a partir de fuentes distintas a aquellas para las que el registro cuantitativo, de entrada, es signo de confiabilidad. Sin embargo, igualmente fehacientes son el diario íntimo, las cartas amorosas, la literatura autógrafa, las historias de vida, la correspondencia epistolar; fuentes que nos permiten entrar en ese mundo de confidencias, de restricciones y normatividad, al tiempo que nos revelan una realidad contradictoria.

Para articular esta historia que pretende indagar qué pensaban las mujeres sobre el amor y la sexualidad y cómo se confrontaban con las imágenes que diariamente les mostraban un modelo dicotómico: la mujer buena y la mujer mala, la recatada y la fácil, la virgen y la prostituta, la esposa y la amante, elegimos como fuente la sección del consultorio sentimental que los periódicos y sobre todo las revistas femeninas de los años cuarenta y hasta mediados de los sesenta,[1] incluyeron en sus páginas como sección fija, encargada de la "educación sentimental" femenina.

Podemos aventurar que el consultorio vendría a ser el sustituto del confesionario, con su alud de prohibiciones, pero a diferencia de éste donde todo es secreto (podemos por ejemplo imaginar el tamaño de las culpas por la penitencia impuesta), el consultorio dará respuesta igualmente prescriptiva a una problemática que presentada como personal tiene la intención de ejemplificar conductas que sirvan de referente a una vasta población femenina anónima.

El repaso de los consultorios sentimentales constituye a este respecto una de las labores más ilustrativas, aunque también más enrevesadas, en el que puede meterse el investigador de la conducta amorosa y sus titubeos. La primera limitación consiste en que casi nunca se transcriben las cartas recibidas. Bien es verdad que a través de la respuesta, que a veces incluye citas del texto omitido, puede recogerse un dato general sobre el ca-

rácter de la pregunta: los circunloquios y eufemismos con que es formulada. Eran preguntas que se aventuraban a tientas, entre la ignorancia y la zozobra.[2]

El rincón de las confidencias en las publicaciones mexicanas se estructura en forma diferente a las españolas. El material contenido en los consultorios, pese a la cursilería que encierran muchas de las consultas, puede considerarse como un reflejo de las preocupaciones e incertidumbres femeninas en los asuntos del corazón. A través del contenido de las cartas accedemos a una visión unilateral (la orientación sentimental no es educación sexual para las mujeres). Consultas hechas por hombres prácticamente no aparecen y esto es comprensible ya que permea al periodo una doble moral: permisiva para el hombre, controladora hacia la mujer; lo que en el hombre es sólo "una cana al aire" en la mujer se considera adulterio. La existencia de códigos amorosos femeninos y masculinos está mediada culturalmente por el peso de los géneros.[3]



Los consultorios sentimentales de periódicos y revistas femeninas se estructuran con base en preguntas y respuestas que las lectoras, a veces supuestas, envían para plantear sus problemas. La sección en las distintas revistas era identificada bajo un sugerente título: *¿Qué me aconsejan ustedes?*, *De corazón a corazón*, *Consejos de la abuela*, *Cuénteme su problema*, *Almas solitarias*, *Dilemas del corazón*, entre otros; en todas ellas el género epistolar fue el recurso literario que las periodistas —con vocación de escritoras melodramáticas o de madres consejeras— emplearon para hacer partícipe a su auditorio de las congojas y aflicciones por las que podían atravesar las mujeres.

Las consumidoras de esta correspondencia las leían —seguramente— porque las acompañaba en su soledad, desatando sus fantasías, despertando sus sueños y anhelos; provocando, tal vez, frustración, desesperación o incertidumbre, pero cumpliendo una función dentro de sus vidas. Las mujeres educadas en la dependencia encontraban en tales secciones a "alguien" que las podía escuchar, además de que los problemas que tanto desasosiego les causaban, salían del ámbito de lo secreto y podían bajo el anonimato compartirse públicamente.

La invitación a consumir esa droga que semanal, quincenal o mensualmente debía adquirirse versaba:

> El consultorio sentimental le abrirá sus puertas de par en par para proporcionarle su ayuda ante las enormes dificultades que surgen en la vida y que a veces tienen la apariencia de barreras infranqueables"[4] "[...] allana todos los caminos y obstáculos que surgen en la vida, se hacen pequeños merced al valioso consejo que para todos los casos halla [...] consuelo.[5] [El juego semántico de las palabras cobra un sentido. Usted será reconfortada, hallará "alivio", en las palabras de la consejera.]

Cabe preguntarse sobre la validez de la fuente. ¿Existió tal correspondencia? ¿Las mujeres realmente escribían? Parece ser que al inicio las columnistas encargadas de estas secciones creaban sus historias y sus personajes de ficción a partir del registro de observaciones propias; había primero que crear un auditorio.[6] Las cartas recogían, sin duda, las preocupaciones más comunes de una sociedad heterogénea y contradictoria y aunque el tono de las respuestas siempre era moralista, tal rigidez nos habla también de flexibilidad. Hubo consejeras que se hicieron realmente famosas, contaron con un nutrido público y un correo regular de correspondencia; entre ellas se cuentan Catalina D'Erzell, Rosario Sansores y Gloria Iturbe que desde 1943 popularizó los consultorios sentimentales en la radio con el personaje de la *Doctora Corazón*.[7]

Hacia finales de los años sesenta esta sección prácticamente desapareció de las publicaciones periódicas, aunque no la preocupación por los temas amorosos. La sección astrológica (los horóscopos, que son predicciones sobre la vida, el amor y la fortuna) y los cuestionarios psicológicos allanaban los intrincados caminos del amor.

La correspondencia sentimental alude siempre a comportamientos socialmente deseables. Se caracteriza por el empleo de un lenguaje coloquial y un tono familiar que exalta la maternidad y reprime la sexualidad. El espacio social reconocido de la sexualidad fecunda era la alcoba de los padres. Hombres y mujeres debían asumir conductas que respondieran a las formas y ritos establecidos. El estatuto social de la mujer era el de esposa-madre.

El discurso de los consultorios no se dirigía a las jóvenes que apuntaban hacia la soltería, en estos años no se concebía que ésta pudiera ser una opción de vida; de ahí el estigma de "solterona", "se quedó para vestir santos", que solía escucharse en corrillos. La solterona era objeto de burla o conmiseración; por ello, las consultas que solían hacer las jóvenes expresaban su preocupación por encontrar marido, y los consejos señalaban artimañas que les ayudarían a lograrlo. ¿Cuáles eran entonces las opciones de vida para una mujer soltera? Permanecer en el hogar y convertirse en la tía amorosa o madre sustituta, o bien en la amante perfecta, mujer provocativa y frívola causante de desgracias familiares, según el estereotipo recreado tanto en las novelas cortas de las revistas femeninas como en diversas narraciones llevadas al cine. Desde luego, muchas mujeres eligieron libremente la soltería como forma de vida, aun cuando para ciertos sectores de la sociedad pareciera inadmisible.

En los años veinte no casarse era una calamidad; su dependencia económica de la familia convertía a las mujeres en una carga. La era de la industrialización y el ingreso a la modernidad cambió de súbito la situación de la mujer soltera:

> Hoy las puertas de las universidades se han abierto para ellas; hoy que existen academias donde se enseña toda clase de profesiones, resulta imperdonable esperarlo todo de la protección masculina. Hoy la mujer va y viene por el mundo, sin temor a nada, es libre de elegir su propio camino... [eso desearía que sucediera en México la autora del artículo, ya que continúa] cada vez que asisto a un baile o a una boda, sorprendo en las pupilas femeninas un ansia loca de casarse, de ser esposas. Ninguna deja de soñar con un hogar propio, con hijos, con un compañero cariñoso y bueno[8] y es que la soltería en el plano amoroso significaba continencia sexual.

Las preocupaciones de las "solteronas", recreadas en el discurso de los consultorios como "virtuosas católicas", oscilaban entre sus deseos sexuales y el propio enjuiciamiento que hacían de ellos, considerándose pecadoras. Los consejos giraban en torno a la norma represiva. No había explicaciones, sólo sermones sobre las consecuencias que tendría el dar rienda suelta a tales pasiones sensuales.

> Evitar excitar nuestra sensibilidad con espectáculos, lecturas, conversaciones

> que perturben la imaginación sin dar solución a los problemas reales [...] Interesarnos en algún objetivo que ocupe nuestras energías [...] y no obsesionarnos con pensamientos de índole sexual [...] Alimentar el corazón con su único y verdadero alimento: el amor. Pero un amor sano y reconstituyente que lo ennoblezca [...] sin perder de vista que el amor no significa únicamente hombre y matrimonio.[9]

Según el canon establecido por la Iglesia católica, estar soltera significaba renunciar a la sexualidad, mantenerse célibe hasta de pensamiento para evitar el pecado.

La imagen condenatoria de la solterío no tenía límites. Aun cuando se reconociera la presencia cada vez mayor de las mujeres en el ámbito del trabajo, parecía obviarse su existencia como profesionales. El discurso de estos años presenta a la mujer profesionista como la candidata ideal a permanecer soltera; el desarrollo personal —expresan las consejeras— está reñido con el matrimonio. Y el ritual del matrimonio en los años cincuenta abarcaba todos los niveles sociales, fue la "época de oro de las novias".[10]

El estereotipo de la que "iba para solterona" la describe en los siguientes términos:

> El hombre busca en la mujer lo femenino y es femenina la que además de todos los encantos y virtudes de su sexo reúne las cualidades domésticas necesarias para formar un verdadero hogar [...] El hombre no tomará por esposa ni a la abogada, ni a la médica, ni a la ingeniera, ni a la diputada, ni a la ministra, porque les tiene miedo. Las considera buenas amigas, pero no para esposas... Pocos días hace que en mi regazo sollozaba amargamente una mujer cultísima, doctora en medicina y en filosofía; ansiaba locamente amar y ser amada... apetecía un hijo. Y... ¡nada!, porque abandonó los caminos naturales del amor.[11]

Esta prédica por demás exagerada contribuye a reforzar el cliché de mujer profesionista como equivalente de persona frustrada y amargada, que los medios de comunicación insistían en proyectar. Si la mujer inteligente se preparaba y disputaba al hombre un puesto laboral, debía asumir las consecuencias y éstas eran una gran soledad y la entrega al trabajo remunerado como escape al hastío que envolvería su vida. La mujer profesionista recreada en este discurso carece de todo poder de encanto y seducción. La descripción de la mujer ideal irá acompañada de su contraparte: la imagen típica de "las que no se casan", que servía de voz de alerta. Las jóvenes debían evitar parecerse a: la que se basta a sí misma, la dominadora, la farsante, la rutinaria, la ignorante, la cínica y la marimacho.[12] Si lo que debían hacer era casarse,[13] había que recordarles constantemente —en forma de recetas rápidas— tanto lo que el hombre aprecia más en la mujer como lo que más le disgusta. Se hacía hincapié en las actitudes de desafío que adoptan algunas jóvenes que se dicen modernas:

> A él le molesta [...] tu constante deseo de llamar la atención, tus preguntas impertinentes, tu carácter y respuestas bruscas, tu presunción como culta e independiente, tu excesivo arreglo personal [...][14]

Mujeres con estas características "que acaparan la conversación y ponen en ridículo al hombre, su problema no radica en lo que saben sino en que no tengan el tino para callarlo".[15] Había que ser —según los consejos de las expertas— lo suficientemente inteligente y cauta para pasar como tonta ante los ojos de aquel que la iba a elegir y a darle protección para el resto de su vida.

La lectura de un buen número de cartas nos revela los problemas más recurrentes que las consultoras debían de abordar y sobre ellos, en forma reiterativa y en un tono familiar, dirigirse a quienes buscaban su consejo. Las respuestas se identificaban mediante un seudónimo que guardaba el anonimato: soñadora, romántica, desorientada, alocada, incrédula, acomplejada, etcétera. Las conseje-

ras volvían una y otra vez sobre los mismos asuntos. ¿Qué temas, además del de la soltería, se abordaron en los consultorios? Los amores prohibidos, la sexualidad para la procreación y dentro del matrimonio, y la virginidad como valor supremo. La pérdida de la virginidad, el quedar embarazada y recurrir al aborto, el divorcio, la infidelidad conyugal, aunque con dimensiones distintas, eran igualmente condenables y podían convertirse en verdaderos dramas sociales.

La sexualidad, entendida en su vertiente de erotismo como "una forma de encontrar el cuerpo y convertirlo en un instrumento de placer y plenitud... como una expresión lúdica, vital y productiva que se permite la extrañeza, la perturbación, el asombro, la creciente receptividad",[16] resultaba por completo inadmisible. El discurso de los consultorios pretendía obviar el erotismo, el amor-pasión, y se afanaba en destacar al sexo en función de la reproducción de la especie. En este contexto la maternidad daba sentido a la feminidad, a través de ella la mujer alcanzaba su realización. Ser madre era el paradigma de ser mujer.

Asumido como único el rol maternal, la preocupación del discurso iba encaminada a normar las conductas amorosas en función del "deber ser" madre-esposa.[17] La lista de prohibiciones era larga, se dictaban reglas que no se explicaban; había que instruir a las jóvenes inexpertas sobre los peligros que encerraba el sexo, que era malo, sucio, pecaminoso y en su lugar destacar como valor fundamental el cuidado de la virginidad, léase honra, pureza, castidad.[18]

La virginidad en la mujer soltera era su carta de aceptación social, el rompimiento del endeble himen significaba el rechazo, la "mancha", la desgracia familiar. Las consultas solían tener este tono:

> Conocí a un hombre del que me enamoré y desgraciadamente no salí pura, lo que provocó un escándalo familiar [...] Después de eso he querido ser buena dedicando mi vida al estudio y al bien [...] Ahora se me presenta un nuevo pretendiente que me ofrece matrimonio, ¿qué debo hacer?
>
> La respuesta: el acto de usted de haberse dejado seducir la sigue ahora y la seguirá toda la vida. Siga usted entregada al estudio y al bien y sufriendo con resignación los reproches de su casa.[19]

Mediante un acto de "desgarre", la joven pura y angelical se convertía a los ojos del hombre en mujer "perdida" con toda la carga ideológica que el vocablo encerró en esta época. Por su parte, los medios masivos (cine, radio y más tarde televisión) se encargaron de explotar el género melodramático que retribuyó a sus productores pingües ganancias. Los mensajes reiteraban: la muchacha buena se da a respetar, se porta bien, es pudorosa y discreta.

> La pureza virginal debe mantenerse [señalan las consejeras] independientemente de que en esta época, los años cincuenta, traspasando los límites de lo permitido, los muchachos declaren que ser virgen no es ni moderno ni elegante. Yo te pregunto [dice la consejera a la atribulada muchacha] ¿cuáles son las ventajas que obtiene una joven al perder su virginidad? ¿Experiencia? ¿Saber de qué se trata y experimentar ciertas emociones? En breve sabrá que las emociones puramente sensuales no pueden llenar su vida y pronto la conducirán a un desequilibrio nervioso y a un sentimiento de vergüenza.[20]

En otra carta se señalaba:

> Si bien el joven a los 15 años y la niña a los 13 ya poseen actitud para el amor, éste será un fracaso porque no puede realizarse en el final feliz del matrimonio.[21]

Cabe preguntarse qué significaba "poseer actitud para el amor" y en qué consistía "el fracaso". ¿Qué debían entender y qué entendían las lectoras de estas confidencias? Es difícil saberlo. De lo que sí podemos estar seguros es de que todas ellas tenían en común, además de una gran ignorancia sobre la sexualidad,

una curiosidad que iba desde el susto hasta la expectación.

El mar de las confusiones se ilustra mediante una conversación entre dos jóvenes que hace referencia a los cambios en la pubertad:

> —El susto que me llevé ayer.
> —¿Por qué?
> —Me empezó eso.
> —¿Eso?
> —Sí, eso.
> —¿Quieres decir tu mes?
> —Sí. Fíjate que no sabía nada, y que empieza. Creí que me había pasado algo, lo peor, sin darme cuenta.
> —Tonta. ¿No te lo habían dicho?
> —No. Mi mamá es de las que no dicen nada. Dice que la mujer tiene que ser inocente...[22]

La inocencia aquí es sinónimo de ignorancia. La pubertad transcurría entre las consejas de tradiciones mezcladas en conversaciones de amigas y las propuestas científicas que poco se difundían. Algo se intuía pero, como las abuelas, había que descubrirlo solas. Lo paradójico es la propaganda que acompaña a los mensajes represivos de la sexualidad:

> Yo uso *Tampax* y qué maravilloso es. Muchas afirman que ya no les preocupan esos días. ¡Adopte este método moderno y cómodo de protección sanitaria! Millones de mujeres ya lo usan.

Las décadas que nos ocupan están marcadas por la contradicción permanencia-cambio. Los mensajes de la modernidad le señalan a la mujer: trabaja, sé más eficiente e independiente económicamente, consume; al tiempo que el propio discurso de la modernidad responde a un modelo femenino añejo: la mujer de hogar. La Iglesia y los grupos conservadores vigilantes de la tradición cederán, porque también están inmersos en la ideología consumista. El alud de anuncios publicitarios abre una nueva época, claro está que las jóvenes de esta generación, que crecieron viviendo el sexo como algo pecaminoso, en forma personal lo descubrieron y experimentaron aunque con



sentimientos de culpa. Represión de la sexualidad, represión obligada de la sinceridad entre hombres y mujeres a lo largo de los años de trato, fingimiento durante el periodo del noviazgo; o bien, violación de las reglas en secreto, que podía llevar a conflictos realmente dolorosos, verdaderas tragedias cuando la joven quedaba embarazada.

La nota roja de los periódicos, con todo y su amarillismo, es un termómetro de las costumbres imperantes:

> Queriendo evitar la deshonra una bella muchacha de 17 años se arrojó de un cuarto piso y se encuentra gravísima.
> Romántica y agraciada jovencita sacrifica su honra por amor y después intenta suicidarse al verse traicionada.
> Decepcionada de la vida, trató de matarse Cristina Hernández Torres, de 18 años, después de que su novio tras hacerla creer que estaba perdidamente

> enamorado de ella, accedió a darle una prueba de amor y luego él la abandonó. Después de haber mantenido por algún tiempo relaciones sexuales con su novio, una joven desesperada ingiere sosa cáustica al negarse el novio a cumplir su promesa de casamiento.[23]

Bien sabemos que el éxito de la nota roja radica en el sensacionalismo y exageración de la noticia, pero poca duda cabe acerca de lo que les podía suceder a las jóvenes que se alejaban de la imagen de mujer buena y pudorosa, vigilante de su virginidad. El tamaño de las culpas las orillaba no pocas veces al suicidio.

La norma represiva imperaba para la mujer, los amoríos en el hombre no sólo se aceptaban sino que se exhibían. En esta época se difunde el estereotipo del "hombre vivido": entre más experimentado era en las artes de la seducción, más reputado como macho.

> Las mujeres provocan y luego se escandalizan, dan lugar a ser consideradas como mujeres livianas y luego se ruborizan al palpar las consecuencias. (La prédica era a propósito de una denuncia de rapto presentada por dos muchachas capitalinas "muy a la *flapper*", que paseando por la avenida Juárez aceptaron con sonrisas la invitación de pasear a Xochimilco de dos jóvenes desconocidos, y cuando intentaban regresar ellos lo impidieron.) El hombre nuestro no sabe de términos medios: o se inclina para venerar a la muchacha recatada, sin atreverse a la menor insinuación irrespetuosa o abusa de la que no sabe conservar una digna actitud. El hombre es siempre hombre. Toca a las mujeres marcar los límites en su conducta.[24]

Planteado así, no cabe duda que la mujer se enfrentaba al macho que impone, que impera, que usurpa; frente a ese desconocido la única precaución posible era desconfiar por principio. El hombre abiertamente podía ir de aventura en aventura en la búsqueda de la esposa ideal; la mujer por el contrario debía irse con tiento, evitar, prevenir, controlar, todos sinónimos de prohibición.

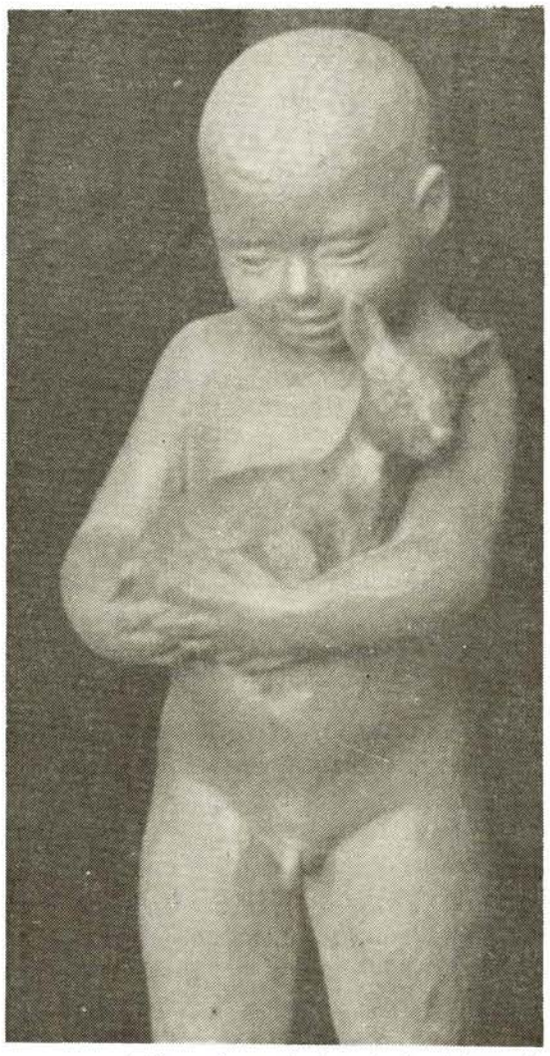
No podía negarse que los tiempos estaban cambiando. La modernidad significaba la adopción del *American way of life* en cuanto a estilos de vida y consumo. Los emisores de este discurso de mujer moderna organizan todo un aparato publicitario cuya finalidad es crear necesidades que obliguen a la mujer a comprar y desechar. Los mensajes respaldan el ingreso de las mujeres en trabajos remunerados. Secretarias, dependientas, oficinistas, profesoras, enfermeras, en general burócratas que al percibir un salario deberían gastar, gastar y gastar. Desechar lo viejo y adquirir lo nuevo haría más fácil y llevadera la vida. Confort, belleza y bienestar difunden los *slogans* publicitarios.

El consultorio sentimental promovía también la imagen de mujer moderna y bella:

> Es ventajoso que reconozcas que eres fea y que tu novio te quiere por tus cualidades [...] sé buena de corazón, cariñosa, fiel y abnegada y tu dicha está asegurada [...] sin embargo, procura arreglarte siempre bien, hacer más agradable tu fisonomía con algunos trucos de tocador y verás que no es difícil retener un cariño.[25]
>
> Aquí está un consejo práctico: ¿has oído decir que de la vista nace el amor? Bueno, pues teniendo en cuenta esta verdad indiscutible, vamos a tratar de solucionar tu problema. ¿Estás gordita? Pues a adelgazar [...] ¿Sabes arreglarte? La modestia no descarta un poquitín de maquillaje; color en los labios que realce el encanto de la boca, un poco de rubor en las mejillas, un peinado atractivo, escoge para tus vestidos colores que aviven tu tez y modelos que te hagan más esbelta y juvenil. Y con el mazo dando y a Dios rogando.[26]

El bombardeo publicitario no tenía límites:

> En otros tiempos ser fea era una condena sin rescate, frecuente causa de complejos, retraimiento, frustraciones; en una palabra infelicidad. Hoy, gracias a esta ciencia maravillosa (cirugía plástica) la armonía física y por lo tanto



una visión más optimista de la vida está al alcance de todos.[27]

El éxito en el amor, el tener una pareja se lograba "pareciendo bella" y esto era factible —siguiendo el discurso del consumo— usando afeites, polvos faciales, lápices labiales, esencias y perfumes, tintes para el cabello, en fin, el consumo de lo superfluo. Homogeneizar y enajenar a las mujeres es la intención encubierta de estos mensajes. Sin embargo, esta liberalidad para el consumo que se tornaba tradicionalismo en cuanto a los comportamientos, fue perdiendo vigencia paulatinamente.

Nuevos espacios de socialización y formas de trato surgen para las mujeres. ¿Cuáles fueron estos nuevos espacios? Los lugares de trabajo: la oficina, el almacén, las escuelas y los lugares y tiempos de ocio: las fiestas, los paseos, el cine. Los consultorios sentimentales también se encargaban de prevenirlas sobre los peligros a los que se verían expuestas. Se hacía hincapié en los amores prohibidos. Las cartas siempre hablaban del jefe o compañero de trabajo casado que seducía a la secretaria. La convivencia diaria en el lugar de trabajo la hacía partícipe y conocedora de sus gustos, ocupaciones y secretos, convirtiéndose, según las consultoras, en la "amante" perfecta. Una revista de los años cuarenta creó una sección para dirigirse a las secretarias y empleadas de oficina, intitulada "Queridísima Marisela". La correspondencia inicia en un tono candoroso y cursi.

> Eres ya toda una mujer preparada para hacerle frente a la vida, acabas de graduarte de secretaria taquimecanógrafa, ahora trabajarás y serás independiente... Debo decirte que en esta nueva vida que vas a iniciar te sentirás extraña y desconcertada porque ignoras el comportamiento que habrás de seguir. No dudes en acudir a nosotras.[28]

Los sermones siempre prevenían:

> Hiciste muy bien al terminar con ese muchacho por su proposición de que te fueras con él y después se casarían. ¡Si todas hicieran lo mismo muy derechitos andarían los muchachos! No aceptes esas citas clandestinas, son muy peligrosas, él buscará lugares apartados y las consecuencias pueden ser trágicas.[29]

Además de los lugares de trabajo considerados como los recintos propiciatorios de amores prohibidos, los espacios más comunes de "ligue" eran las tardeadas, fiestas y especialmente el cine. El acto de ir al cine estaba revestido de una gran emoción, era el umbral del erotismo,[30] sobre todo cuando se veían cintas norteamericanas con temas amorosos que mostraban imágenes prohibidas, propiciatorias en los jóvenes de sensaciones que —según las consejeras— podían dar pie a "algo" peligroso. No había explicaciones, sólo prohibición en vista de las

consecuencias que podía ocasionar el dar rienda suelta a las pasiones.

> Ahora las parejas de novios con notoria desaprensión adoptan actitudes por demás expresivas [...] como tomarse de las manos, reclinar uno de ellos la cabeza en el hombro, besarse y otras cosas por el estilo. Esto es contrario al pudor y a la delicadeza innata de nuestras mujeres [...] Es costumbre "pocha" adquirida especialmente en el cine y ante la cual las jóvenes deben reaccionar.

Además de esa estancia en la oscuridad por cerca de dos horas viendo escenas obscenas —según los censores del comportamiento—, exultantes y placenteras para las parejas de enamorados en pleno aprendizaje, ir al cine significaba la convivencia de la pareja en el trayecto antes y después de la película; era este tiempo el que más peligro encerraba, particularmente si se iba en auto.

> Esa moderna costumbre de estacionar los coches en lugares oscuros o solitarios es peligrosísima... es más, si tú propones o aceptas estas ocasiones tu acompañante tiene el derecho de tomarla como una insinuación y te expones a que te falte al respeto.
> Beatriz y Fernando salieron encantados de una fiesta, en el camino estacionaron el coche para prolongar el momento de estar juntos. En medio de la conversación Fernando la tomó entre sus brazos y la besó, beso que ella correspondió y casi antes de darse cuenta se sintió arrebatada y percibió sensaciones que la asombraron y asustaron más tarde, pues se dio cuenta de que en ese momento Fernando habría podido hacer con ella lo que hubiese deseado, y está segura de que no habría tenido poder para evitarlo.

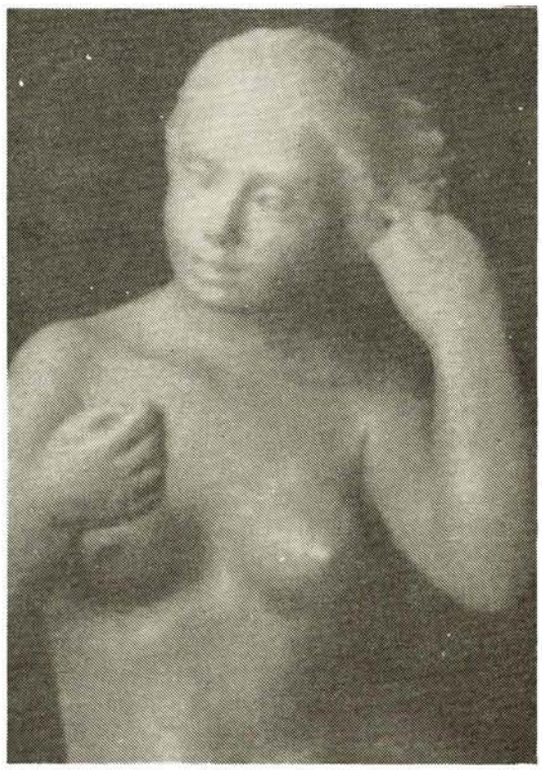
La consejera responde: No olvides que hay que controlarse y aprender a encauzar nuestras pasiones, no pierdas de vista que una cosa es sentir y otra consentir.

A pesar de todo, la sexualidad se descubría y experimentaba, el juego amoroso



entre los jóvenes era cada vez más abierto, haciendo a un lado la conseja popular de que "el hombre llega hasta donde la mujer permite". Después de leer cartas y más cartas en donde todo era reprimenda, una larga lista de prohibiciones que como retahíla debía de ser escuchada, no sería raro que muchas mujeres se preguntaran qué cosas estaban permitidas.

Las jóvenes de los años sesenta manifiestan oídos sordos a los sermones cuya prédica se basa en el aguante, el recato, la espera a ser elegida. Se asumen como mujeres modernas, porque trabajan y son independientes, porque salen y se declaran decididas a "hacer su vida", calificadas por las consejeras de provocativas, frívolas, fáciles, liberales, ¡libertad que en muchas de ellas resultó ser más de forma que de fondo! Estas jóvenes que vivieron bajo el impacto de una ideología consumista sustituyendo el ser por el tener, se



convierten en las mejores consumidoras de todo aquello que el aparato publicitario promueve para ser adquirido, el "tener" para "parecer" se hace un lugar común.

Los cambios se corresponden con la imagen de "mujer bella y moderna"; se expresan en el arreglo personal, la moda en el vestir, las formas de divertirse. Un número cada vez mayor de mujeres luce el cabello corto y viste minifalda. La faja, prenda íntima de los años cuarenta, que en aras de moldear la figura femenina era signo también de opresión, cambió por prendas íntimas más sensuales; las medias *nylon* y el liguero, en el terreno de la transgresión cumplieron una función transformadora. Las mujeres traspasaron realmente las fronteras normativas, y la liberalidad de los publicistas contribuyó a fomentar una actitud nueva frente al cuerpo propio y al ajeno, que cada vez más clamaban por sus fueros.

El contenido de los consultorios hacia mediados de los años sesenta cambia su tono. Las consejeras, francamente alarmadas, denuncian la incredulidad de la juventud en el hogar tradicional. La mujer moderna —señalan— imprime a su vida una nueva dinámica: trabajo excesivo, vida acelerada, relajamiento de las costumbres.

> Hoy las casas son lugares de dormir, de acicalarse, de comer... Realizadas estas funciones, hombres y mujeres salen a la calle donde realmente hacen su vida.[31]

Se ocupan con mortificación del problema del divorcio;[32] de la infidelidad conyugal, que ahora es también femenina, y aunque el amor libre y las relaciones sexuales prematrimoniales se censuran por principio, es un hecho que mayor número de parejas optan por ellas. La publicidad de medios contraceptivos a mediados de los años sesenta ya es más abierta. Una hojeada a las revistas de estos años muestra que este asunto se encuentra entre las nuevas preocupaciones. "La píldora, una victoria para el amor", hablará del consumo cada vez mayor de anticonceptivos por parte de las mujeres, aunque todavía en secreto, de ahí que resultara difícil, según las consejeras, manejar estadísticas.[33]

La sexualidad deja de ser tabú, una nueva época se abre a los jóvenes.[34]

Para la generación de los años setenta el asunto del consultorio sentimental seguramente forma parte de ese gran melodrama que los medios masivos continuaban explotando. Pero el afán de normar y la rebeldía expresada en el placer de pecar, que es la tónica de esta correspondencia, revela cómo día a día se transformaban las expectativas alrededor de estas historias de encuentros y desencuentros amorosos.◆

Notas

[1] Se leyeron consultorios de los periódicos *Excélsior* y *Novedades* y de las revistas *La Familia*, *Nosotras*, *Confidencias*, *Femenil*, *Revista de Revistas*, *Hoy*, *Mujer*, *La mujer de hoy* y *Claudia*, correspondientes al periodo de 1940 a 1967.

[2] Carmen Martín Gaite. *Usos amorosos de la postguerra española*. Anagrama, Barcelona, 1987, p. 165.

[3] Marta Lamas plantea que "la práctica de cargar las expectativas amorosas con los códigos culturales se lleva a cabo de una manera no consciente. Las sociedades legitiman

ciertos usos y costumbres amorosas con variaciones y matices referidos a las jerarquías expresadas en su interior... Si la vivencia del amor está marcada por las coordenadas sociopolíticas de quienes la viven y se expresan con códigos amorosos preestablecidos, que se asientan en el entramado cultural ¿qué significado cobra la diferencia entre los sexos? ¿Aman diferente las mujeres que los hombres? Culturalmente están marcados por los géneros". "Lo que no se tiene", en *Debate feminista*, marzo de 1990, p. 232.

[4] *La Familia*, 1948.

[5] *Nosotras*, 1946.

[6] La revista *La Familia* invitaba a sus lectoras a colaborar en esta sección, dando respuesta al problema que presentaban bajo el título de "Cartas que se extraviaron". La respuesta no debía exceder de tres cuartillas y se enviaría bajo seudónimo. La carta premiada se publicaba en el siguiente número, además de que la ganadora recibía el equivalente a 10 pesos en libros de la editorial. *La familia*, mayo de 1948.

[7] Catalina D'Erzell tenía a su cargo el programa de radio *Cartas de amor*; Rosario Sansores, famosa en periódicos y revistas por su sección *Rutas de emoción*.

[8] *La Familia*, 1940.

[9] *Nosotras*, 1949.

[10] José Joaquín Blanco. "Se arreglan novias", en *La Jornada*, 18 y 25 de mayo de 1990.

[11] *Mujer*, mayo, 1952.

[12] *Mujer*, julio, 1951. *La mujer de hoy*, mayo, 1962, escribe también sobre "Las que no se casan".

[13] Las políticas gubernamentales confieren a la mujer el papel de madre como fundamental. La *Ley General de Población* de agosto de 1936 señalaba una tasa de crecimiento del 2.7%. Los programas oficiales y las campañas publicitarias promovían la procreación abundante. La *Ley General de Población* de 1973 cancela el proyecto anterior y establece el derecho constitucional a escoger libremente el número de hijos. Brígida García. "Procreación y uso de anticonceptivos", en *Debate feminista*, marzo de 1990.

[14] *Nosotras*, marzo, 1957.

[15] Agustín Barrios Gómez escribe "Cuando ella sabe más que él", a propósito de la celebración el 15 de febrero, Día de la Mujer. *La mujer de hoy*, marzo 1962.

[16] Gabriel Careaga. *Mitos y fantasías de la clase media en México*. Océano, México, 1984, p. 79.

[17] El ministro de Educación, Octavio Véjar Vázquez, propone en *Carta a las madres mexicanas* un retorno al hogar tradicional con sus principios y costumbres, en donde "el padre protege y resguarda de los peligros externos y es la madre quien preside la vida íntima y con su amor resuelve los problemas de la familia..." *Novedades*, 11 de mayo, 1943, p. 4.

[18] Carlos Fuentes en *La región más transparente* recrea el personaje de Norma Larragoiti, que sale de esa clase media mexicana cuyas reglas de moralidad condenan a la mujer a ser "mediocre, modesta, cursi, mal vestida, avergonzada de una misma, triste, tristemente casta hasta cuando se pierde la virginidad", p. 307.

[19] *La Familia*, 1945.

[20] *Nosotras*, agosto, 1948.

[21] *Novedades*, julio, 1940.

[22] *Suplemento íntimo. La mujer de hoy*, enero, 1962.

[23] *El Universal*, *Novedades*, *Excélsior*.

[24] *Excélsior*, mayo, 1940.

[25] *La Familia*, 1952.

[26] *Nosotras*, 1950.

[27] *Claudia*, 1965.

[28] *Nosotras*, 1946.

[29] *Nosotras*, 1950.

[30] "El erotismo femenino es distinto al del hombre; está acompañado —sobre todo en las mujeres jóvenes— por el temor de verse envueltas en una relación demasiado comprometida y no grata. La mujer tiende al erotismo continuo, pero no en el sentido de querer transformar en relación continua cada encuentro..." Francisco Alberoni. *El erotismo*, Gedisa, México, 1986, p. 38.

[31] *Femenil*, julio, 1958.

[32] La revista *Señal* reportó en 1958 un promedio de mil divorcios mensuales. "Un temor creciente. Los divorcios" en *Excélsior*, enero, 1958. Datos estadísticos de las Naciones Unidas registraron 28 623 divorcios en México en 1966. Gabriel Careaga, *op. cit.*, p. 94.

[33] *Claudia*, julio, 1968.

[34] El periodo abordado es la antelación de la "revolución sexual" de los años setenta, época en la que, en palabras de Carlos Monsiváis, los jóvenes ganaron el derecho a ejercer libremente su sexualidad. Carlos Monsiváis. "El amor en (vísperas eternas de) la democracia", en *Debate feminista*, marzo, 1990.